
Economía

David Nicholas

En la Edad Media Central surgió una economía fuertemente impulsada por el mercado. La población aumentó considerablemente, pero el alcance del crecimiento es objeto de polémica. Prácticamente todas las reconstrucciones demográficas se enfrentan al problema de convertir a los cabezas de familia, que aparecen en los listados de los estudios, en una cifra total de población mediante el uso de un multiplicador que puede en cierto modo calcular el promedio desde familias con diez hijos hasta los solteros. J. C. Russell calcula en Europa en torno al año 1000 una población de 38,5 millones, duplicándose casi hasta los 73,5 millones en 1340, un ejercicio que Norman Pounds describe como «nada más que una inteligente conjetura».¹ El índice del relativo crecimiento de la población puede calcularse de forma más fiable que la población total. Fue más acusado en Francia y en los Países Bajos, seguidos de Alemania y Escandinavia, las islas Británicas e Italia, pero más lentos en Grecia, los Balcanes, la península Ibérica y el este eslavo. Las pruebas anecdóticas y las estadísticas fragmentarias tienden a confirmar los índices de crecimiento de Russell, pero sus cifras de población total son casi con toda certeza demasiado bajas: la superpoblación en todas partes y, por consiguiente, la presión sobre los recursos, fueron más graves en 1300 de los que Russell admite.

Mientras que la población de Europa al sur de los Alpes y de los Pirineos era superior a la del norte en 1000, en el siglo xiv el equilibrio se había desplazado. Así pues, aunque los italianos seguían dominando las finan-

¹ J. C. Russell, «Population in Europe 500-1500», en C. M. Cipolla (ed.), *The Middle Ages* (The Fontana Economic History of Europe; Londres, s.f.), p. 36, una revisión ligeramente al alza de los cálculos de Russell en anteriores publicaciones; N. J. G. Pounds, *An Economic History of Medieval Europe* (2ª ed., Londres, 1994), p. 146.

zas, la banca y el comercio a larga distancia, se había producido un cambio fundamental: el desarrollo económico del norte, con relaciones de mercado y una concomitante urbanización y producción de mercancías.

Pueden detectarse dos fases de crecimiento económico con una rápida expansión a finales del siglo XII. La población estaba irregularmente distribuida y necesitada de comercio entre los pueblos con excedentes agrícolas y aquellos que precisaban importar comida para alimentar a una población que a su vez tenía que sustentarse a sí misma, por lo menos en parte, intercambiando las habilidades comercializables de su fuerza laboral. De este modo, pueblos, ciudades y regiones desarrollaron especializaciones en productos y servicios, en algunos casos dictadas por las limitaciones del entorno natural, de manera que el intercambio en los puntos centrales se convirtió en una cuestión de supervivencia. Por último, el intercambio se decantó por la oferta y la demanda. A pesar de que este sistema se había empleado siempre para los artículos de lujo, desde aproximadamente 1180 se utilizó para los alimentos y otras necesidades. Tanto las ciudades como los señores laicos y eclesiásticos constituían un poderoso mercado de demanda de las mercancías de su entorno.

La primera fase de expansión económica rural (hasta c. 1180): ¿una revolución agraria?

El cambio esencial en la economía agraria durante la Edad Media Central fue la expansión y final intensificación del uso de la tierra en respuesta al crecimiento de la población. En las partes de Europa habitadas desde épocas más antiguas y con mayor densidad de población, la demanda de alimentos provocó el desbroce agrícola y cambios en la administración de la tierra. Las aldeas y los caseríos dispersos dieron paso a los pueblos en la mayoría de regiones. Las tierras anteriormente arboladas en los límites de los pueblos y entre pueblos comenzaron a cultivarse. Se ofrecían incentivos a los técnicos cualificados de los densamente poblados Países Bajos para que se trasladasen al este a drenar las marismas a lo largo de la costa báltica. Las tierras obtenidas se utilizaron primero como pastos y después para el cultivo, cuando el suelo quedó completamente desalinizado. La recuperación de tierras más famosa se produjo en Flandes, Artois y el Pas-de-Calais, pero la canalización y drenaje del delta del Po en el norte de

Italia creó una considerable nueva extensión de tierra cultivable. En 1180 la densidad de nombres de lugares en la Picardía y en zonas de Inglaterra era tan elevada como lo sería en el siglo XIX, aunque eso no significa que las localidades que llevaban aquellos nombres estuvieran tan densamente ocupadas como lo estarían después.

Hay también un componente externo que favoreció la expansión de las tierras cultivables. Se fundaron pueblos nuevos enteros, primero en la «vieja» Europa, después en el este germanoeslavo. En Inglaterra se crearon 21 nuevas ciudades entre 1066 y 1100, y otras 19 en 1130; sólo ocho se establecieron en zonas alemanas antes de 1150, pero en el siglo XIII se fundaron allí unas tres mil pequeñas ciudades. Los señores, ansiosos por atraer a jornaleros para desbrozar tierras que no les aportaban beneficio alguno, se disputaban la creación de mercados que deslumbrasen a los pobladores y acudiesen a comerciar en sus dominios, no sólo concediéndoles privilegios para hacer atractivos sus nuevos pueblos, sino también tratando de centralizar el comercio en sus principales ciudades. La masiva colonización alemana y flamenca se extendía al este del río Elba en el siglo XIII. En la península Ibérica la colonización se produjo conjuntamente con la conquista de los musulmanes, al igual que se asoció en el este con la cristianización de los eslavos y los pueblos bálticos.

La recuperación de tierras cultivables y el consiguiente crecimiento de las provisiones de alimentos se han asociado con el fin de la servidumbre, y esta ecuación funciona en zonas de la Europa continental, especialmente en las áreas económicamente más desarrolladas. Los señores liberaron a sus colonos de muchos servicios laborales y pagos, y en algunos casos les otorgaron plena emancipación legal (véase el capítulo primero). Pero el término «libertad» es esencialmente un asunto legal y social que hay que separar de las cuestiones económicas, que tienen que ver con la entrega de mercancías y servicios.

Las regiones agrícolas más prósperas de Europa eran Inglaterra y el este germanoeslavo, ambas con numerosos siervos (en este último caso los eslavos), y el sur de los Países Bajos y el norte de Francia, donde la mayoría de los campesinos eran libres en 1200. Económicamente solía haber muy poca diferencia entre los campesinos libres y los que no lo eran, pues vivían en el mismo pueblo los unos al lado de los otros. En algunos pueblos ingleses a finales del siglo XIII los siervos (villanos) tenían de promedio más tierras que los arrendatarios libres.

En la «clásica» casa solariega, el labrador arrendatario pagaba a su señor un alquiler por la tierra que ocupaba realizando servicios laborales en

su «heredad», la parte de la propiedad que el señor no alquilaba a los arrendatarios. Ésta era una organización harto eficiente, en la que las mayores propiedades eran centros de administración de las pequeñas granjas y lugares donde el poder del señor era menos eficaz, por ejemplo, cuando tan sólo poseía la mitad del pueblo. A medida que fue creciendo el poder de los señores, estas propiedades se agrandaron y los campesinos cuyos antepasados habían vivido en las afueras quedaron sometidos a la jurisdicción de los señores.

Pero la clásica casa solariega empezó a debilitarse en el siglo XI y en 1300 casi había desaparecido, excepto en Inglaterra y en la Europa del este. En los Países Bajos, Alemania y las zonas económicamente desarrolladas del norte de Francia, los servicios laborales, que inicialmente debían realizarse a lo largo de todo el año, quedaron limitados mediante autorizaciones a la siembra y a la cosecha, las estaciones en las que había más trabajo, y los señores contrataban mano de obra ocasional durante el resto del año si lo requerían. La distinción práctica entre siervo y hombre libre quedó todavía más desdibujada cuando las obligaciones de los siervos a realizar trabajos en la heredad se redujeron en favor del contrato. Así pues, aunque hay numerosas excepciones, en 1180 los vínculos de la mayoría de campesinos con sus señores se expresaban de forma más convincente a través de un arriendo que del sometimiento legal, y este cambio se aceleraría a lo largo del siglo XIII.

La expansión de las provisiones de alimentos se ha asociado a una revolución agraria, pero investigaciones recientes han debilitado esta tesis. Esta asociación la realizaron principalmente Lynn White y Georges Duby,² que pensaban que la agricultura de rotación de tres campos por cosecha se había expandido a expensas de la de dos campos: dejando tan sólo un tercio de la tierra, no la mitad, en barbecho, se incrementaba en teoría la cantidad de tierra cultivada en una determinada propiedad en un 33 por ciento. Pensaban también que la difusión del arado pesado del norte, con cuchilla y reja que levantaba la tierra echándola a la vertedera que la removía, había conducido a un aumento en el rendimiento y producción de cereales sustentando así a una población más densa. La collera del buey o del caballo, que cargaba el peso del arado sobre la cruz del animal en vez de sobre el cuello, le daba más resistencia.

² L. White, Jr., *Medieval Technology and Social Change* (Oxford, 1962); G. Duby, *The Early Growth of the European Economy: Warriors and Peasants from the Seventh to the Twelfth Century* (Ithaca, Nueva York, 1974).

Hay problemas con todas estas hipótesis excepto en lo relativo a la collera. El arado pesado no era intrínsecamente superior al arado «en cabestrillo», que podía arar surcos adyacentes, mientras la vertedera removía la tierra hacia un lado, creando un caballón. Dada la dificultad de hacer girar el arado de ruedas, éste se adaptaba mejor a largas franjas de tierra. El arado en cabestrillo dominó la agricultura en el Mediterráneo, donde el suelo es pobre, pero también se encontró en otros lugares, entre ellos zonas del este y montañosas, aunque los colonos alemanes en la Europa centrooriental preferían el arado de ruedas. Por consiguiente, el uso del arado pesado no puede explicar el crecimiento de la productividad agrícola.

Lo que es más, el hecho de que se sepa de la existencia de una técnica no significa necesariamente que fuese utilizada de forma general. Aunque los nuevos pueblos fundados en las colonias del este después del siglo XII tuviesen tres campos, la transición fue más difícil en la Alemania al oeste del Elba, en Francia e Inglaterra, porque los nuevos campos tuvieron que ser trazados e incorporados a una estructura diversificada existente de campos y aldeas. Los pueblos bajo la estructura de dos campos raramente se pasaban a una de tres. Algunos pueblos tenían más de tres campos, especialmente en el siglo XIII, cuando los señores y algunos campesinos arrendatarios experimentaban con cosechas no alimenticias que tenían aplicaciones industriales, como la rubia que se utilizaba para la obtención de tintes. Mientras que la agricultura de rotación de tres campos predominaba en zonas de gran cultivo de cereales, la de dos campos seguía siendo la más usual en los países mediterráneos y en zonas del norte de Europa.³

Por otro lado, no es del todo seguro que la producción de cereales aumentase significativamente en la primera fase de la expansión medieval central. Según los cálculos más optimistas, en el siglo IX el trigo alcanzó 4:1–5:1 en suelos fértiles y cuando el tiempo era favorable, aunque lo más frecuente era 3:1–4:1. El centeno y el tranquillón (mezcla de trigo y centeno) llegaron a 6:1–8:1. Las pruebas que tenemos del siglo XII están dentro de este margen, indicando que hubo poca mejora de la producción hasta el siglo XIII, cuando la presión de la población obligó a un cultivo más intensivo. Los labradores tenían que conservar una parte impor-

³ J.-P. Devroey, «The Economy», en R. McKitterick (ed.), *The Early Middle Ages: Europe 400-1000* (Oxford, 2001), p. 116; W. Rösener, *Peasants in the Middle Ages* (Urbana, IL, 1992), pp. 24, 51-54, 106-110.

tante de la cosecha de un año para utilizarla como semilla para el siguiente. Esto, combinado con el pago de los arriendos en especie, los diezmos, y el trabajo semanal y servicios de favor, significaba que la productividad per cápita era baja y que para un campesino era difícil acumular un excedente para vender.

Sin embargo, los señores sí podían hacerlo. La expansión económica de la Edad Media Central requería un considerable capital humano y financiero que sólo los señores podían movilizar. Los señores laicos que querían deforestar sus tierras hacían públicas sus nuevas fundaciones y las ventajas que concedían a sus arrendatarios, en sus propiedades superpobladas y también en asociación con iglesias, que podían dar a conocer dicha oportunidad en las propiedades de sus establecimientos afiliados. El desbroce, aunque fuera tan sólo de unos pocos acres de árboles, requería mano de obra masiva. El poder de los señores seguía siendo considerable incluso en pueblos con fueros. Poseían los molinos de agua, que eran numerosos en todas partes, los molinos de viento, que aparecieron en torno a 1180 pero que podían utilizarse principalmente en zonas costeras de los Países Bajos e Inglaterra, donde los vientos eran fuertes y relativamente constantes, y las máquinas a las que dotaban de energía. La panadería del pueblo y la prensa de vino requerían capital así como un especialista que las manejase. Estas *banalités*, o expresiones del poder banal del señor, se consideran a menudo abusos y algunos fueros terminaron con la obligación de los campesinos de utilizar sus instalaciones, pero, de hecho, antes del siglo XIII pocos pueblos y muy pocos individuos podían mantener estos establecimientos por su cuenta.

El poder banal del señor es sumamente importante para comprender la producción y extracción de excedentes. La mayoría de señoríos recogían más comida, en calidad de alquiler, de la que en realidad podían consumir en sus casas. El excedente lo vendían en mercados, algunos de los cuales se desarrollaron en las puertas del castillo, de la iglesia o del monasterio o en torno a un almacén. A medida que crecía la población y la producción, los excedentes se transportaban a localidades distantes. Muy pocos arrendatarios individuales podían permitirse los elevados costes del transporte: en efecto, algunos fueros de los pueblos, como el famoso concedido al pueblo francés de Lorris, estipulaban que se celebrase un mercado en el pueblo y también que los arrendatarios estaban obligados a proporcionar carros para transportar las mercancías del señor a lugares distantes, normalmente a una ciudad u otras localidades dentro del dominio del señor, donde podían ser vendidas.

La economía de mercado presupone la intersección de oferta y demanda. Los campesinos que tenían tan poca tierra para alimentar a sus familias podían desbrozar más tierra o trasladarse (ambas cosas implicaban el permiso del señor y un considerable riesgo), o vender sus habilidades y servicios a cambio de comida o dinero, con el que podían comprar comida en el mercado del pueblo, proveniente en gran medida de los graneros del señor. A finales del siglo XI la economía de intercambio favorecida por la costumbre de pagar los alquileres en especie operaba básicamente a nivel local, pero con la mejora del transporte y el posterior desarrollo de las ciudades que actuaban de conductos para la reexportación de las mercancías, los productos agrícolas entraron también en el comercio interregional. El pueblo acabó teniendo más habitantes ricos, pero también más campesinos empobrecidos a medida que se aceleraba la orientación mercantil de la economía rural.

Las ciudades y el desarrollo de una economía de mercado

El mercado urbano se distingue del rural por la gran variedad de productos que se intercambian, por la mayor probabilidad de que el intercambio se realice en forma monetaria o por lo menos convertible en términos aritméticos, y por el mayor radio de alcance del que provienen los mercaderes y los productos.⁴ A medida que la economía rural producía excedentes, se fueron desarrollando los enclaves de comercio. Las abadías, los obispados y los castillos eran también centros de administración señorial y mercados de cereales y lana. Al tratar los príncipes insistentemente de centralizar las operaciones de intercambio en sus localidades más importantes para poder controlarlas y aplicar los impuestos con mayor efectividad, fomentaron accidentalmente el crecimiento urbano. La presencia de un obispado (menos frecuente que un monasterio) o de la residencia de un príncipe implicaba la demanda de mercancías y servicios, muchos de los cuales no podían ser satisfechos en la localidad (por ejemplo, la demanda de vino en las regiones del norte que no producían uva) y por

⁴ Para esta sección véase D. Nicholas, *The Growth of the Medieval City: From Late Antiquity to the Early Fourteenth Century* (Londres, 1997), y la bibliografía citada.

consiguiente requerían el desarrollo de contactos con regiones más distantes.

La Edad Media Central fue testigo del nacimiento del «capitalismo comercial», en el que el dinero se utilizaba para hacer más dinero pero no se invertía en cantidad suficiente en la industria. Sin embargo, no se trataba de un capitalismo de *laissez-faire*, en el que el «libre» mercado no está regulado. Como en las zonas rurales, las operaciones de intercambio en las ciudades se desarrollaron bajo el impulso generado por el poder banal de los príncipes. Rara vez, si es que ocurría, crecía una ciudad, por más ventajosamente situada que estuviera, sin asumir funciones de monopolio sobre aspectos del comercio de sus alrededores, bien mediante conquista o bien mediante la concesión de privilegios regionales por parte de un príncipe. De sobra conocidos son los estatutos de los reyes ingleses restringiendo las grandes transacciones comerciales y considerando «puertos» los lugares por ellos designados, así como sus esfuerzos por centralizar el comercio en las ciudades de su condado, esfuerzos que en general resultaron satisfactorios hasta que el crecimiento espectacular del comercio en el siglo XIII los hizo inútiles. En el continente, los príncipes competían unos con otros exigiendo un transporte para sus mercancías a un determinado mercado local, asegurándose así no sólo un suministro regular de productos sino también los beneficios del reenvío de mercancías y del desarrollo de una infraestructura comercial. En fecha tan temprana como la década de 1020, tanto los emperadores occidentales como los reyes lombardos convirtieron Pavía en una capital política y a la vez comercial. Pavía era también el gran mercado de demanda del norte de Italia en aquella época, dependiendo de Venecia para los artículos de lujo procedentes de Constantinopla. Los depósitos de aduanas se establecieron en las salidas de los valles alpinos, que eran muy importantes en el comercio local y de larga distancia, de todas las ciudades italianas del norte.

Los mercados urbanos crecieron en los puntos de enlace de suministro y demanda de mercancías y mano de obra y, por consiguiente, en las fronteras económicas. A veces la frontera económica que favorece el surgimiento de una ciudad o una red urbana es evidente: el Mediterráneo constituye la unión de las economías del Occidente europeo, bizantino y musulmán. Otras es más sutil, cuando una ciudad se desarrolla en la intersección de una zona agrícola pobre y otra más rica, como sucedió en el sur de los Países Bajos en el caso de Gante. La función de la ciudad era, pues, unir el comercio local, que puede realizarse a través de una red de pequeños mercados locales, como queda claramente ilustrado en Inglate-

rra, y el comercio a gran distancia. Mientras que la mayor parte de la población de las ciudades provenía de los alrededores más inmediatos, la base de su capital residía en el comercio a larga distancia, que a su vez proporcionaba dinero que generaba una demanda local y empleo. Antes de finales del siglo XII, cuando por primera vez las ciudades empezaron a producir mercancías exportables en grandes cantidades, dicho capital provenía casi por completo de la importación de artículos para vender a aquellos que tenían dinero procedente de fuentes extra urbanas.

Las economías rurales y urbanas no eran pues entidades separadas. A pesar de que generalmente funcionaron en simbiosis hasta finales del siglo XII, los habitantes de la ciudad y los agricultores no tenían los mismos intereses de mercado. Los granjeros se beneficiaban de los elevados precios de los alimentos y de los bajos precios de los productos industriales, mientras que la gente que vivía en las ciudades deseaba lo contrario. La competencia en la economía rural venía cada vez más determinada a partir del siglo XI por consideraciones de mercado que implicaban a las ciudades. La recuperación de tierras en la franja costera de Flandes creó zonas pantanosas aptas para el pastoreo, que favorecieron el desarrollo de la fabricación de paños en las primeras ciudades flamencas. Pero a medida que se fue secando la tierra en el siglo XII, la presión de la población y la demanda de comida hicieron que las tierras de pastoreo quedasen convertidas en zonas de cultivo. No obstante, en aquella época, las ciudades flamencas gozaban de una industria textil tan floreciente que tuvieron que crear una infraestructura para conseguir lana fuera de su región inmediata. Por consiguiente, desarrollaron un provechoso comercio con Inglaterra, que se convirtió en el principal proveedor de lana y cliente de tejidos de lujo.⁵

El desarrollo de las ciudades implica una tosca división de trabajo entre ciudad comercial e industrial y campo agrícola y de pastoreo, aunque nunca era absoluta dado el alcance de la industria en el campo y de la producción de alimentos en las ciudades. La producción textil y la construcción, las principales industrias de la mayoría de ciudades, utilizaban una ingente cantidad de mano de obra rural. En el caso de la construcción, la demanda irregular de edificios significaba que los empleos que requerían

⁵ D. Nicholas, *Medieval Flanders* (Londres, 1992), p. 164-168; *id.*, «Of Poverty and Primacy: Demand, Liquidity, and the Flemish Economic Miracle, 1050-1200», *American Historical Review*, 96 (1991), pp. 17-41; T. H. Lloyd, *The English Wool Trade in the Middle Ages* (Cambridge, 1977).

menos cualificación se adjudicaban a menudo a personas que vivían cerca de la ciudad y podían trabajar allí intermitentemente mientras mantenían fuera sus principales establecimientos agrícolas.

En el caso de la producción textil, las innovaciones tecnológicas permitieron la fabricación de productos de mayor calidad sin utilizar mano de obra adicional, mejorando así tanto la calidad como la cantidad de la producción. El uso de la rueca se generalizó en el siglo XIII. El telar horizontal accionado mediante pedal para tejer lana sustituyó al primitivo telar vertical y más tarde dio paso en el siglo XIII al telar horizontal ancho, que tenía que ser manejado por dos hábiles tejedores sentados uno al lado del otro. El trabajo se realizaba en las zonas rurales, pero el proceso necesitaba también una sustanciosa inversión de capital que tan sólo era posible en las ciudades. La difusión de las fábricas textiles contribuyó en gran medida a la expansión de la economía rural, pero a excepción de la minería y la metalurgia, la aplicación industrial de los molinos está asociada básicamente a las ciudades desde el siglo XI. El molino de batanado, para ablandar la lana sin tratar mediante la aplicación de tierra de batanero, apareció a finales del siglo X y se extendió antes de 1200 a la mayor parte del norte de Europa excepto Flandes. Se utilizaba en las zonas rurales, a menudo por artesanos que trabajaban para pañeros ubicados en las ciudades, y también en las ciudades. El árbol de levas, que permite la separación de una rueda hidráulica de la actividad que genera su energía, apareció en el siglo XII, seguido de la sierra hidráulica en el XIII.⁶

El auge de la economía de mercado está asociado al desarrollo de regiones económicas, que antes de finales del siglo XII podían definirse en muchos lugares como la zona necesaria para alimentar a la ciudad principal. A medida que la población siguió expandiéndose, la zona de la que provenían los inmigrantes atraídos por las ciudades se extendió a su vez y se desarrollaron oficios más especializados: se había alcanzando una nueva fase. Mientras que al inicio los excedentes se intercambiaban principalmente en la zona en la que se producían, en el siglo XII el desarrollo de la industria urbana, combinado con la demanda de las élites, tanto rural como también urbana, de artículos de lujo que sólo podían obtenerse de lugares distantes, contribuyó a una mayor diversificación de los mercados urbanos. Así pues, si la ciudad quiere seguir creciendo, debe trascender la limitación que le impone su región económica.

⁶ E. S. Hunt y J. M. Murray, *A History of Business in Medieval Europe, 1200-1550* (Cambridge, 1999), p. 40.

La expansión de la economía rural: la segunda fase (c. 1180 – c. 1330)

Al diversificarse la economía urbana, surgieron empleos para los campesinos que no podían vivir de sus tierras. Las ciudades proporcionaban mercados para los excedentes agrícolas, una infraestructura a través de la cual podían exportarse mercancías más especializadas a mercados de fuera de la región y un mercado de demanda de artículos de lujo. Pero el cambio económico se aceleró después de 1180. La mayoría de ciudades de antes de mediados del siglo XII deben considerarse esencialmente extensiones de una economía de mercado rural, pero a partir de ese momento las ciudades adoptan un papel más activo a medida que los agricultores producen mercancías con vistas a ser vendidas en el mercado urbano y los habitantes de la ciudad empiezan a ejercer de inversores en las tierras rurales y organizadores de la producción agrícola.

Hasta finales del siglo XII la expansión agraria fue básicamente lineal, con la extensión de los asentamientos ya existentes y la creación de nuevas poblaciones. Aunque gran parte de las mejores tierras había sido ya desbrozada antes de 1200, la población continuó aumentando y la deforestación prosiguió en algunas zonas de forma aún más rápida que en los dos siglos anteriores. En el siglo XIII el crecimiento de la población se ralentizó en cierto modo, pero siguió aumentando de manera constante durante dos siglos. En la mayoría de propiedades el número de cabezas de familia, principal indicador del tamaño de la población, creció proporcionalmente mucho más que la cantidad de tierra cultivable. La población inglesa se duplicó en el siglo XIII, mientras que el aumento de la superficie de tierras de cultivo experimentó un incremento de menos del veinte por 100. En las propiedades del obispo de Winchester en el Vale of Taunton, la tierra, que era verdaderamente fértil, estaba en gran parte ocupada en 1200, sin embargo, la población aumentó casi 2,5 veces entre 1209 y 1311.⁷ El crecimiento de la población de las ciudades fue discreto hasta finales del siglo XII, pero muchas de ellas al parecer crecieron con mayor fuerza durante el siglo posterior que en los tres anteriores juntos. Gran parte de este incremento se debió a la inmigración procedente de las inmediaciones. Duran-

⁷ M. M. Postan, «Medieval Agrarian Society in its Prime: England», *The Cambridge Economy History of Europe*, i. *The Agrarian Life of the Middle Ages* (2ª ed., Cambridge, 1966) pp. 550, 563.

te 1100-1250 aumentaron los arriendos, los salarios reales (el valor nominal del salario ajustado a la inflación) y los márgenes de beneficios, pero a partir de aquel momento los salarios reales se estancaron o disminuyeron. La teoría de que el suelo se estaba agotando debido al exceso de cosechas ha sido criticada: las producciones de trigo, cultivado en los mejores terrenos, siguieron siendo relativamente abundantes, mientras que la producción de avena y cebada, obtenida de suelos marginales, disminuyó. Esto sugiere que, a pesar de que el mejor suelo continuaba produciendo, en general la producción de grano comestible descendió.⁸

No tenemos modo de cuantificar la proporción de las necesidades calóricas de la población que cubría el pescado o los productos de los huertos en torno a las casas. Las sofisticadas técnicas agrícolas que se habían desarrollado en los siglos anteriores eran ahora de uso general. En el siglo XIII hay pruebas del uso de fertilizantes químicos además del estiércol y la marga. Los cambios más importantes fueron probablemente el creciente uso del hierro en los arados y en las herraduras y la proliferación del arado de ruedas. Los caballos se utilizaron cada vez más como animales de tiro en el siglo XIII y también para el transporte, especialmente en el norte de Alemania y en Inglaterra, donde contribuyeron en gran medida a capitalizar los mercados agrícolas durante el siglo XIII.⁹ La hoz experimentó pocos cambios, pero empezaba a dar paso a la guadaña en las economías de cereales altamente desarrolladas del norte de Francia, Flandes y Renania.

Los señores prestaban mayor atención a la administración de sus propiedades, que les proporcionaban mayores recursos financieros y liquidez, y hacían un uso más flexible y eficaz de las tierras. En zonas más avanzadas desde el punto de vista agrícola, la demanda de las ciudades cercanas condujo a una rotación de cosechas más intensa, a veces implicando cinco campos o más, y cultivando más forraje y productos industriales. A mediados del siglo XII la mayoría de señores todavía obtenía mayores beneficios de sus tierras solariegas que de los arriendos, diezmos y *banalités*. No obstante, excepto en el este germano eslavo y en Inglaterra, la explotación de las tierras solariegas terminó prácticamente en el siglo XIII y los señores arrendaban grandes extensiones de sus tierras a cam-

⁸ J. Z. Titow, *Winchester Yields: A Study in Medieval Agricultural Productivity* (Cambridge, 1972), pp. 14-15.

⁹ Rösener, *Peasants*, pp. 111-114; J. Langdon, «Horse Hauling: A Revolution in Vehicle and Transport in Thirteenth-Century England?» *Past and Present*, p. 103 (1984), pp. 37-66.

pesinos prósperos de la localidad. Sin embargo, en Inglaterra y Alemania, la economía de estas tierras en realidad estaba experimentando una revitalización, puesto que los señores buscaban obtener beneficios de los elevados precios de los cereales. En las zonas en las que se cultivaba intensivamente el grano, muchos señores preferían el pago de los arriendos en especie en lugar de dinero. Algunos fueros de los pueblos impedían que los señores ajustasen los alquileres al valor del mercado, pero los señores podían aumentar la cuota de entrada cuando los herederos sucedían a un arrendatario. En el continente empezaron a proliferar en el siglo XIII los contratos de arrendamiento por un período a menudo de nueve años, transcurridos los cuales el alquiler podía volver a negociarse al alza.

Muchos señores encontraron provechoso cambiar servicios laborales por dinero, especialmente debido al incremento de la masa monetaria (véanse las pp. 83-86). Muchos tributos señoriales que todavía persistían fueron abolidos, excepto en Inglaterra, pero esto no se tradujo automáticamente en una mejora de las condiciones económicas de los campesinos, que tenían menos margen de beneficio que los señores y, por consiguiente, no podían beneficiarse de los altos precios de los alimentos en las ciudades. Dada la fragmentación de las parcelas de tierra y una tendencia a que la producción disminuyese a pesar del aumento de precios, muchos arrendatarios pobres y también los labradores sin tierras trabajaban más barato, puesto que el constante crecimiento de la población creaba una oferta de trabajo que excedía la demanda.

Los reyes ingleses permitieron que se establecieran mercados cada diez kilómetros y medio, puesto que ésta era el área dentro de la cual un campesino podía llevar sus productos al mercado y regresar en el mismo día. Los mercados ubicados a esta distancia en teoría no podían competir los unos con los otros, y recientes investigaciones han puesto de relieve que en el centro de Inglaterra esta situación ideal se acercaba mucho a la realidad.¹⁰ Así pues, el siglo XIII fue testigo de una integración cada vez mayor de las economías urbana y rural, favorecida por una mejora en los servicios de distribución y diversificación tanto de la demanda como de la producción. Este período fue «el punto de inflexión entre la era de la economía doméstica autárquica y relativamente cerrada y la de una economía de intercambio basada en la división del trabajo».¹¹ Los miles de

¹⁰ J. Masschaele, *Peasants, Merchants, and Markets: Inland Trade in England, 1150-1350* (Nueva York, 1997).

¹¹ Rösener, *Peasants*, pp. 22-23.

nuevos mercados creados en el siglo XIII ofrecían a los campesinos mejores oportunidades para vender sus cereales, puesto que los cambios infraestructurales hicieron entonces factible comercializar un pequeño excedente, cosa que difícilmente habrían podido llevar a cabo antes de 1180.

Entre el campesinado, la herencia indivisible solía beneficiar al hijo mayor, y en ocasiones, al menor, pero hacía que todos los demás herederos dependieran de quien obtuviera el arriendo. En el siglo XIII la herencia indivisible se generalizó, especialmente en regiones como Renania y Flandes, que desarrollaron una vida fuertemente urbana y relaciones de mercado. Unos mejores mecanismos de crédito y una mayor liquidez en la economía contribuyeron a que los propietarios de parcelas de tierra demasiado pequeñas para sustentar a una familia pudiesen venderlas o adecuarlas a usos más provechosos que nada tenían que ver con el cultivo de cereales. Una de las opciones de los campesinos sin tierras consistía, entre otras, en el abandono del campo por la ciudad, pero había quienes vendían su mano de obra, contratados por los señores como jornaleros temporeros para sustituir los servicios en la heredad de los arrendatarios emancipados. Otros desarrollaban una segunda fuente de recursos, generalmente en la artesanía del hierro o la madera, y los menos hábiles realizaban tareas relacionadas con la fabricación de paños. El recalentamiento de la economía rural en el siglo XIII desencadenó, pues, cambios en el mercado laboral. Algunos campesinos podían comprar o subarrendar tierra suficiente, en muchos casos de los señoríos, como para convertirse en señores de facto del pueblo. Las desigualdades en la tenencia de tierras entre arrendatarios ricos y pobres en el mismo pueblo se acentuaron mucho más en el siglo XIII de lo que lo habían estado anteriormente: la gran división se produjo entre aquellos que heredaban un gran arrendamiento completo a expensas de otros herederos, aquellos que tenían acceso al capital necesario para comprar tierras y acumular grandes arriendos y aquellos que no lo tenían y se veían obligados a abandonar la tierra o diversificar sus actividades para poder sobrevivir.

La revolución monetaria

Durante la Edad Media Central la cantidad de oro y plata en lingotes aumentó exponencialmente, pues tanto el oro como la plata dejaron de

estar acumulados y se abrieron nuevas minas.¹² A finales del siglo X el intercambio a pequeña escala tenía que efectuarse por trueque, puesto que la moneda escaseaba y se utilizaba principalmente para las grandes transacciones. Las primeras fases del renacimiento de la economía europea se llevaron a cabo sin un sólido sistema monetario, pero gracias a los nuevos suministros de metal, a la expansión de la acuñación de monedas de plata originaria de Europa y al desarrollo de la moneda de oro, apta para transacciones internacionales y a gran escala, pudo evitarse un estancamiento que amenazaba con producirse a finales del siglo XII.

A finales del siglo X empezaron a abrirse nuevas minas de plata en Alemania, especialmente en los montes de Harz. La nueva provisión de dinero facilitó el comercio entre Alemania y otras partes de Europa convirtiéndola brevemente en el centro comercial del norte. La expansión de los alemanes hacia el este eslavo y el crecimiento del comercio en Escandinavia fueron acompañados de una difusión de la moneda alemana en ambas regiones. Pero las minas de Harz producían muy poco después de mediados del siglo XI y el comercio se hizo más difícil. Los ingleses, por ejemplo, acuñaron unos veinte millones de peniques en torno al año 1000, cifra que se incrementó con celeridad a comienzos del siglo XI, a pesar de los pagos de los costosos tributos a los invasores daneses, aunque la producción disminuyó a diez millones en 1158.

A medida que la expansión agraria adoptaba una nueva forma más intensiva en capital a finales del siglo XII, se abrieron nuevas minas de plata después de 1160 que impulsaron la expansión urbana. Este desarrollo tuvo una base mucho más amplia que el anterior, puesto que se produjeron grandes cantidades de plata no sólo en Alemania, sino también en Bohemia, la Toscana y Cerdeña. En 1180 «plata por valor de cientos de millones de peniques» había penetrado en las economías comerciales y políticas.¹³

Las consecuencias fueron profundas. Una elevada demanda de productos y servicios creará naturalmente una inflación monetaria, pero impulsada por un abundante suministro de moneda. Así pues, la inflación se agravó a finales del siglo XII. Con el aumento de lingotes de plata y oro en la economía, se produjo el crecimiento de la demanda pública y el traspaso de bienes de las ciudades y pueblos a los gobiernos territoriales y economías regionales, puesto que la tasación era mucho más sencilla en

¹² P. Spufford, *Money and its Use in Medieval Europe* (Cambridge, 1988), caps. 3-5, es el compendio más útil y erudito de una bibliografía altamente técnica.

¹³ *Ibid.*, p. 111.

dinero que en especie. Como las pequeñas transacciones mercantiles podían pagarse mediante peniques de plata cuyo valor intrínseco era menor, se hicieron precisas las monedas de plata más grandes y, finalmente, las monedas de oro. En 1172, Génova sacó una moneda de plata que valía cuatro peniques y las demás ciudades italianas del norte (Pisa, Florencia y Venecia) no tardaron en emitir los *grossi*. El *tournois* de plata de Luis IX en 1266 era el equivalente de doce peniques (un *sou*).

Peter Spufford argumenta que la «necesidad de una denominación más amplia de la moneda surgió sólo en el momento y lugar en que se produjo el suficiente crecimiento urbano para que hubiera un número lo bastante grande de personas viviendo fundamentalmente de su salario en dinero, y cuando estos salarios en dinero, en términos de los denarios existentes, precisaron de una cantidad de moneda poco práctica para ser pagada en cada una de las numerosas ocasiones». Esto significa que las monedas más grandes se utilizaron de forma generalizada en la primera mitad del siglo XIII en Italia, en la segunda mitad en los Países Bajos y en el siglo XIV en los lugares restantes. Las monedas pequeñas seguían usándose para compras individuales, como barras de pan, mientras que las más grandes se reservaban para compras al por mayor.¹⁴

La mayor parte del oro llegaba a Occidente a través del comercio con el Imperio Bizantino y Egipto. Los musulmanes pagaban en oro; vendían algodón, especias y paños de lujo a los occidentales y, a cambio, recibían plata. Los monarcas musulmanes de España, que controlaban también gran parte del norte de África, y algunos príncipes italianos estaban acuñando monedas de oro ya en los siglos X y XI, y algunas monedas bizantinas y musulmanas circulaban por Italia en el siglo XII. Pero a finales de dicho siglo Occidente exportaba productos industriales y cereales en abundancia al Levante y a África. Otra fuente de pago en oro era el transporte comercial, controlado en el este del Mediterráneo por los venecianos y en el oeste por los genoveses.

En Occidente, la primera moneda de oro que se utilizó fuera de Italia desde el período merovingio, como reflejo de la favorable balanza comercial, fue el *augustalis* de oro de 1231 del emperador Federico II, que utilizaba el oro obtenido de los impuestos de los envíos de cereales de Túnez y Sicilia al norte de África. Fue seguido por el ducado veneciano en 1248 y en 1252 por el *ianvino* genovés y el florín de Florencia, el más influyente, que valía veinte chelines florentinos o una libra. Luis IX de Francia (1226-

¹⁴ *Ibid.*, p. 236 para la cita.

1270) y Enrique III de Inglaterra (1216-1272) emitieron a continuación monedas de oro, aunque éstas no alcanzaron una amplia circulación y su emisión fue interrumpida. El éxito de las acuñaciones en oro indica que la Europa occidental tenía un balance positivo de comercio con Oriente a principios del siglo XIII, probablemente atribuible a la producción de artículos manufacturados exportables. Las conquistas mongoles modificaron esta trayectoria puesto que aislaron a Oriente Medio de su abastecimiento normal de oro, a través del Sahara y Marruecos, y negociaban únicamente con plata. Así pues, los musulmanes acabaron necesitando la plata occidental y, a mediados del siglo XIII, el oro estaba sobrevalorado en Occidente y la plata en Oriente. Por consiguiente la plata se desplazó hacia el este, perjudicando la economía occidental al agotarse las existencias de plata en Occidente y conduciendo a la devaluación monetaria e inflación y a la resultante «hambruna de lingotes» de la Baja Edad Media.

Los cambios comerciales del siglo XIII

En fecha tan tardía como en 1100 los principales usuarios de la moneda eran los gobernantes laicos y eclesiásticos, pero la expansión del suministro de monedas a finales del siglo XII normalizó también el uso del dinero en las ciudades. Los artesanos urbanos podían producir menores cantidades y mercancías de menos valor para exportar, mientras que antes los artículos más baratos tan sólo podían llevarse al mercado local para trueque. La mayoría de servicios se pagaban mediante salarios en efectivo. El uso del dinero se generalizó en el sector agrario en el siglo XIII. En Inglaterra, el caso mejor documentado, la acuñación de moneda disminuyó a menos de un millón de peniques en la década de 1170, pero ascendió a cuatro millones anuales entre 1180 y 1204, a diez millones entre 1234 y 1247, y a quince millones en la década de 1250. El volumen total de moneda en circulación era de menos de ciento veinticinco mil libras en 1180, aumentando a trescientas mil libras en 1218, a cuatrocientas mil libras en 1247 y a más del doble hasta llegar a un millón de libras en 1311. Este ritmo de crecimiento significaba que la cantidad de moneda por persona se había más que triplicado.¹⁵

¹⁵ R. H. Britnell, *The Commercialisation of English Society, 1000-1500*, 2ª ed., (Manchester, 1996), pp. 102-103.

La mayoría de ciudades europeas alcanzaron sus mayores cotas de población antes de la era moderna en algún momento de finales del siglo XIII o comienzos del XIV. Los suburbios en torno a las primitivas murallas romanas y fortificaciones principescas se amurallaron incluso antes de 1180, pero a partir de entonces, el ritmo de crecimiento territorial se incrementó. La población de las ciudades más grandes por lo menos se triplicó en el siglo XIII frente a la duplicación general de la población. Pisa aumentó más del triple, a treinta y ocho mil en 1293, pero aun así perdió su posición en la Toscana frente a Florencia que era más pequeña que Pisa en 1200, pero que en 1300 había duplicado su tamaño debido a su control del comercio del grano del sur de Italia y su rápido desarrollo de la industria y la banca. El norte de Italia tenía las ciudades más grandes de Europa excepto París, cuyo tamaño se quintuplicó después de 1180 hasta alcanzar una población de doscientos cincuenta mil en 1328. Milán, Génova, Venecia, Nápoles, Florencia y Palermo probablemente tenían poblaciones de más de cien mil en 1300 y después disminuyeron. El otro polo principal del desarrollo urbano estaba situado en el noroeste de Francia y en Flandes. En Inglaterra, Londres tenía una población de unos ochenta mil habitantes en 1300, el doble de la que tenía a finales del siglo XI, pero dominaba su región por completo, junto con York, la segunda ciudad más grande de Inglaterra, que a finales del siglo XIII contaba tan sólo con diez mil habitantes.

En estos cambios intervienen diversas variables económicas. En primer lugar, el sector terciario de la economía, que implica actividades como los servicios que no estaban directamente relacionados con la producción de bienes de consumo, cobró importancia por primera vez a finales del siglo XII. El impacto que el sector terciario podía ejercer sobre el primario y secundario constituye una diferencia esencial entre las economías urbana y rural, unidas por la liquidez.

En segundo lugar, las ciudades que crecieron de forma significativa desarrollaron una industria, en la mayoría de los casos textil, que podía ser exportada. La industria fue un desarrollo tardío en gran parte de las ciudades, por consiguiente los centros urbanos quedaron dedicados a los mercados y operaciones financieras, mientras que los artesanos, que acudieron a las ciudades con posteridad, vivían en las afueras. Sin embargo, con el rápido crecimiento que experimentaron las ciudades en el siglo XIII y el constante amurallado de los suburbios, muchos artesanos acabaron viviendo en el interior de las murallas.

En tercer lugar, las ciudades se convirtieron ellas mismas en mercados de demanda para bienes de consumo. La mayoría de las personas que emi-

graron a las ciudades en el siglo XIII encontraron empleo, no sólo en industrias exportables como la fabricación de paños, sino también, o incluso más, en el abastecimiento del mercado local con edificios, comestibles y servicios de transporte. La pobreza se convirtió en un problema mucho más serio con el deterioro del siglo XIV, a pesar de que la población de las ciudades iba en declive por aquel entonces. Dado que se invertía mucho más dinero en el comercio que en la industria, incluso con la expansión de la manufactura, el comerciante que vendía el producto obtenía mayores beneficios que los artesanos que lo producían, y en muchas zonas las ciudades, especialmente en aquellas que podían considerarse en cierto modo económicamente desarrolladas, adquirieron una importancia económica que excedía tanto su porcentaje de población como la proporción de riqueza de las regiones económicas que se basaban en ellas.

En cuarto lugar, puesto que a partir de 1180 las ciudades eran todavía menos capaces de alimentarse por sí solas de lo que lo habían sido antes, el comercio de cereales se hizo sumamente importante para ellas en el siglo XIII. Prácticamente todas las ciudades grandes, siendo Londres una llamativa excepción, se vieron obligadas a desarrollar medios para obtener alimentos de fuera de la región, especialmente en los años de malas cosechas. Puertos como el de Barcelona y Génova, que tenían en el interior tierras agrícolamente pobres, eran particularmente vulnerables, pero tenían las conexiones costeras que les facilitaban la importación de grano. Las ciudades del interior dependían de lo que podía ser transportado por río y por tierra. Las ciudades flamencas se alimentaban de los cereales que les llegaban por los ríos Leie y Scheldt desde Picardía y Artois en el norte de Francia. Las ciudades italianas obtenían cantidades considerables de grano procedente del norte de África y sobre todo de Sicilia y Córcega. Las ciudades de tierra adentro trataban de convertir sus alrededores rurales en graneros para surtir a la ciudad, una política que se llevó a cabo de manera harto eficiente en Italia, pero que a menudo reducía la economía rural artificialmente para abastecer de grano barato a la ciudad. Las ciudades más grandes prohibieron las exportaciones de cereales fuera de su «campo» (*contado*) y obligaban a los campesinos a vender en la ciudad, aunque ello les supusiera una pérdida. Durante el siglo XIII, prácticamente todas las ciudades italianas instituyeron oficinas de cereales y los gobiernos de las ciudades trabajaban con compañías privadas para asegurarse el suministro de grano.

Las ciudades se caracterizaban por una estructura ocupacional altamente diferenciada y una diversidad de demanda. Las más grandes tenían

varios mercados, que se distinguían unos de otros por el tipo de productos que vendían, pero cada día por lo menos uno de ellos estaba abierto, excepto en las fiestas religiosas. Los días de mercado los agricultores de los alrededores y vendedores ambulantes montaban sus puestos en el mercado, a menudo tenderetes prefabricados que cargaban en sus espaldas. Pero además, por las salas de los comerciantes se producía un considerable tráfico de venta al por mayor, habitualmente mercados de carne y cereales, que estaban establecidos en las ciudades más grandes en el siglo XIII como puntos de control, para garantizar la contabilidad exacta de materias primas importadas y la alta calidad de los productos que se exportaban desde la ciudad y que llevaban su sello de calidad.

En el siglo XIII el poder banal de los príncipes era todavía más importante que antes en lo que al fomento del crecimiento de las principales ciudades se refiere. Inglaterra, que tenía una economía relativamente indiferenciada y un bajo nivel de urbanización, con gran parte de la infraestructura comercial en manos extranjeras, ponía menos impedimentos al comercio que ninguna otra región, con pocos de los peajes internos que en otros lugares entorpecían el transporte elevando los costes del mismo. En el continente, en cambio, los príncipes seguían utilizando las ciudades como centros de recaudación de peajes (véase la p. 93) y administración, pero lo que es más importante, el tamaño de las ciudades las hacía ahora vulnerables a la presión externa y, sobre todo, a la interrupción del suministro de alimentos y materias primas industriales.

Así pues, prácticamente todas las ciudades obtenían de sus señores, o bien simplemente lo imponían, un monopolio o privilegio de productos «de primera necesidad». Éste podía ser sobre un determinado y provechoso comercio, como el control de Burdeos sobre el comercio del vino del valle del Garona. La necesidad de cereales en Gante obligó a los agricultores de los alrededores a vender en el mercado central de la ciudad exigiendo que todos los transportes de grano que pasasen por el río a través de la ciudad se detuviesen para ser tasados y ofrecidos para su venta en el mercado antes de ser reexportados. Otro elemento esencial era el comercio costero intermediario que abarcaba muchos artículos, como el famoso ejemplo de Brujas (véase la p. 105). Estos monopolios tan sólo se obtuvieron después de que la ciudad hubiese alcanzado un cierto tamaño, pero cubrían ambas necesidades, el mercado de demanda local y también los productos para la reexportación.

El siglo XIII fue testigo de una transición crítica a la manufactura urbana de artículos refinados que se convirtieron en la base del comercio de ex-

portación de las ciudades, a medida que se fueron abriendo camino a través de ferias y en algunos casos simplemente a través de la compra preferente de materias primas industriales a fuentes más distantes. La manufactura urbana iba todavía destinada a las cortes principescas, pero entonces empezaba a dirigirse también a los ricos de las ciudades. Las profesiones demasiado reservadas como para sustentar un mercado popular, como la fabricación del vidrio y la platería y orfebrería, pudieron sobrevivir en las ciudades porque sus productos podían ser exportados a través de las crecientes redes urbanas. La pañería se fue especializando cada vez más y, en el caso de las lanas de lujo, se precisaba el trabajo de veinte artesanos.

Los gremios profesionales se desarrollaron especialmente en las grandes ciudades, en un inicio como hermandades benéficas, pero durante el siglo XIII muchas de ellas empezaron a regular las especificaciones técnicas del producto de los gremios, las condiciones laborales y los salarios, la importación de la materia prima y a menudo también la distribución de las mercancías. La creciente demanda de seda después de 1250 fue cubierta en gran parte por las ciudades italianas, en especial Lucca antes del siglo XIV, aunque Florencia, Génova, Venecia y Milán también tenían manufacturas de seda. En Flandes y en el noroeste de Francia se desarrolló una verdadera zona industrial, donde la fabricación intensiva de paños de lana fina atrajo a los obreros a las ciudades y les proporcionó valiosos recursos financieros mediante la exportación.

Mientras que antes de 1180 las calidades más caras de tejidos sólo podían venderse con beneficios fuera de la región de fabricación, en el siglo XIII las ferias regionales e internacionales hicieron posible la venta de calidades medias a un mercado de demanda más amplio. El paño más apreciado era el flamenco, pero en parte era una imitación de las exportaciones de tejidos ingleses (por ejemplo, el *estanfort*, llamado así por la ciudad de Stamford), que empezaron a perder terreno frente a los productos flamencos en la segunda mitad del siglo. Languedoc, Cataluña y Lombardía producían también tejidos de calidad. Las ciudades italianas compraban en las ferias tejidos del norte «sin terminar» y los acababan, para venderlos después en el Levante y África. La fabricación del lino, que requería una tecnología más sencilla que la de la lana, quedó reducida al ámbito rural, aunque grandes cantidades se comercializaban a través de las ciudades, especialmente en el sur de Alemania y Suiza. A medida que en el siglo XIII las regulaciones de control de calidad de los tejidos se hicieron más rigurosas, algunos estatutos flamencos exigían determinadas calidades de paño para utilizar lanas inglesas importadas. En los estatutos se les

dedicaba menos atención a las calidades inferiores, que se vendían más masivamente que los artículos de lujo, y a los tejidos mixtos, como el fustán, una mezcla de lino y algodón.¹⁶

Unos cuantos datos estadísticos pueden dar una idea del volumen de comercio de las materias primas industriales y de artículos manufacturados. A principios del siglo XIV los ingleses exportaban de treinta y cinco mil a cuarenta mil sacos de lana anuales, por un peso total de seis millones ochocientos mil kilos, y cincuenta mil paños (cada uno aproximadamente de veinticinco metros de largo). En su momento álgido, la industria flamenca producía tres veces esta cantidad de tejido. El número de sellos de plomo utilizados para certificar los tejidos en el municipio de Ypres aumentó de diez mil quinientos en 1306 a noventa y dos mil en 1313. Según el cronista Giovanni Villani, Florencia producía cien mil *pezze* de paño de lana a principios del siglo XIV, por un valor de un millón doscientos mil florines de oro. El valor de los productos sujetos a peaje en Génova, tanto las importaciones como las exportaciones, se cuadruplicó durante las dos décadas posteriores a 1274. En torno a 1280, Venecia producía sesenta mil piezas de paño de algodón a partir de ciento cuarenta toneladas de algodón en rama.

Los paños, la lana y los cereales no fueron los únicos artículos de consumo que desarrollaron el mercado popular. La producción y el comercio de los metales aumentaron, en mayor medida el oro y la plata, pero también los metales más utilitarios como la hojalata. A finales del siglo XIII se produjo una importante expansión de la fundición de hierro, con el *osmund* sueco y el hierro vizcaíno como elementos principales.¹⁷ También a finales del siglo XII se encuentran en el mercado interregional el aceite de oliva, la cerveza, los materiales para la construcción y el combustible junto con el desarrollo de barcos más grandes. El comercio del vino y la sal eran altamente lucrativos. Las redes de distribución de la lana y del vino eran reflejos exactos la una de la otra: cuando la lana se movía hacia el sur y el vino iba hacia el norte, pasando ambos por las ciudades. Hasta finales del siglo XIII gran parte del comercio atlántico estaba dedicado a los vinos de Gascuña y Poitou hacia Inglaterra y los Países Bajos, al hierro del golfo de Vizcaya y a la sal de la bahía de Bourgneuf en el oeste de Francia. Cuando los reyes de Francia perdieron el control de Normandía, que

¹⁶ M. F. Mazzaoui, *The Indian Cotton Industry in the Later Middle Ages, 1100 - 1600* (Cambridge, 1961).

¹⁷ R. Sprandel, *Das Eisengewerbe im Mittelalter* (Stuttgart, 1968).

daba acceso a través de Ruán a los vinos del sur de Francia, Burdeos se convirtió en el principal depósito de vino para Inglaterra a partir del segundo cuarto del siglo XIII y, a raíz de la demanda de los ingleses, se produjo un incremento en el cultivo de la vid en el valle del Garona. El comercio del vino era quizá el más lucrativo de todos desde la perspectiva de los beneficios generados por unidad de producción. Los costes laborales eran inferiores a los de los cereales y el producto final menos pesado, y el precio del vino, que tenía altos impuestos en todas partes, era muy elevado. Las rutas comerciales de los vinos de Borgoña y del Rin eran esencialmente fluviales, pero aun así había que establecer algunas conexiones por tierra. A principios del siglo XIV se transportaban hacia el norte de ochenta mil a cien mil toneladas de vino al año. El vino representaba el 31 por 100 del valor de todas las mercancías importadas por Inglaterra y el 25 por 100 de las enviadas a los Países Bajos: las exportaciones de Burdeos alcanzaron la cifra máxima de ciento tres mil barriles en 1308-1309. Los barcos de cargamentos de vino transportaban también frutas del Mediterráneo, productos de madera, miel y tintes hacia el norte.¹⁸

Se hicieron mejoras en el comercio por tierra durante este período. Las carreteras se pavimentaron, se construyeron nuevos puentes y los viejos se reconstruyeron de piedra como por ejemplo, el Puente de Londres. En el siglo XIII las rutas terrestres competían con los ríos en calidad de arterias de transporte comercial. El carro de cuatro ruedas ya se utilizaba para el transporte en el siglo XII, pero en el XIII se consolidó. La construcción de canales tierra adentro creó importantes redes comerciales en todas partes. Antes de 1200 Flandes estaba sembrada de canales que comunicaban las principales ciudades con los suministros rurales y los mercados, y las ciudades comerciales estaban conectadas entre sí a través de canales a mediados del siglo XIII. Los canales fueron de suma importancia para el desarrollo de Milán, que estaba situada entre dos sistemas fluviales, el Ticino y el Adda, pero nunca estuvo conectada al río principal de la región, el Po. Aunque los príncipes trataban de atraer a los mercaderes a sus dominios, su objetivo era más el de aumentar sus ingresos que el de fomentar el bienestar económico de sus súbditos. Así pues, los peajes constituían un problema en todas partes menos en Inglaterra.

¹⁸ Estas estadísticas y las del párrafo anterior han sido extraídas de J. Bernard, «Trade and Finance in the Middle Ages, 900-1500», en Cipolla (ed.), *The Middle Ages*, pp. 281-282, 310; C. M. Cipolla, *Before the Industrial Revolution: European Society and Economy, 1000-1700* (2ª ed., Nueva York, 1980), p. 209.

Hasta el siglo XIII el único paso abierto todo el año y por el que se podían atravesar los Alpes era el Brenner, pero antes de 1300 se descubrieron los pasos de Mont-Cenis, Gran St Bernard y Mont-Genèvre y empezó a haber un tráfico importante (véase el mapa 2). Desde allí las grandes rutas comerciales conducían hasta el valle del Ródano, después por tierra hasta los valles del Saona y del Sena, y desde allí hacia el norte a través del peaje de Bapaume hasta Artois y Flandes. Las ferias de Champaña estaban a poca distancia de París por rutas terrestres, canales y el Aube. Una importante carretera discurría directamente desde Burdeos atravesando Orleans hasta llegar a París y de allí a Flandes. A finales del siglo XIII el tráfico marítimo directo se hizo más común desde Alemania y el este hacia Brujas y Londres, pero gran parte del comercio situado en el eje este-oeste seguía siendo por tierra, desde Flandes atravesando Brabante hasta Renania, de allí descendiendo por el Rin y el Danubio, con una ruta terrestre principal que unía Frankfurt al valle del Danubio. En el siglo XIII se tardaban de veinte a veinticuatro días para viajar desde la costa mediterránea hasta París, o la mitad de ese tiempo si se trataba de una persona sola a caballo. Las caravanas de mercaderes desde Italia tardaban unos veinte días en llegar a las ferias de Champaña.¹⁹

Los mercaderes que viajaban a las ferias o que vivían en una ciudad extranjera a menudo se organizaban para protegerse mutuamente, incluyendo a varias ciudades alemanas que habían patrocinado la colonización en Oriente. Lübeck, originariamente un asentamiento eslavo, fue fundada nuevamente después de 1159 en el istmo de Holstein. Su ubicación la convertía en el vínculo lógico del comercio entre el mar del Norte y el mar Báltico y rápidamente interrumpió el provechoso comercio de la isla de Gotland con Rusia. Los mercaderes alemanes establecieron oficinas permanentes en Novgorod y Bergen en Noruega. El ritmo del comercio creció tan deprisa que en el siglo XIII se fundó una serie de ciudades alemanas en la costa báltica. Las asociaciones dirigidas por Lübeck, Hamburgo y Colonia se unieron en una única «Hansa alemana», que se menciona por primera vez en Londres en 1281; en 1282 los comerciantes alemanes recibieron un fuero de privilegios en Brujas, por el que se unían a los italianos y castellanos para mantener colonias permanentes. La Hansa se convirtió en el conducto por el que la materia prima de Oriente llegaba a la superpoblada Europa occidental, encargándose de la distribución de pie-

¹⁹ K. L. Reyerson, «Commerce and Communications», en *The New Cambridge Medieval History*, v (Cambridge, 1999), pp. 54-58.

les, pescado, miel y cera, y también cereales del este, e importando principalmente lana inglesa y tela flamenca.

Otra muestra de que los príncipes solamente fomentaban el comercio que podía beneficiarles económicamente es el tratamiento que daban a los mercaderes extranjeros. En Inglaterra el rey Juan (1199-1216) y especialmente Enrique III (1216-1272) utilizaron la guerra económica tomando represalias contra los mercaderes franceses y de otros lugares poco amigables y trataron de golpear a los franceses atacando a sus potenciales socios comerciales. En Inglaterra la comercialización nativa se vio seriamente obstaculizada por la dependencia de los reyes de los prestamistas extranjeros, y cuyas garantías sobre los préstamos (véase la p. 99) eran unos privilegios comerciales de los que no disfrutaban los propios habitantes. Allí donde había colonias extraterritoriales alemanas o italianas, éstas controlaban las exportaciones y gran parte de las finanzas públicas de las zonas en las que residían. Los comerciantes extranjeros podían exportar lana de Inglaterra con tasas arancelarias más bajas que los propios nativos, probablemente porque pagaban muy caro ese privilegio y eran un grupo vulnerable. Durante la mayor parte del siglo XIII los comerciantes italianos no se limitaron a los puertos y controlaban gran parte de la distribución del comercio en el interior de Inglaterra en las ferias. En 1303 los comerciantes foráneos obtuvieron el derecho de vivir en sus propios albergues y de comerciar con otros extranjeros, en vez de hacerlo a través de agentes nativos, y se les permitió vender especias y otras mercancías al por menor.

La situación de Italia

La geografía hacía de Italia la avanzadilla comercial de Europa, vinculándola con los productos de lujo bizantinos y las economías islámicas. Los vínculos comerciales de Venecia y Amalfi con Bizancio eran muy anteriores a los grandes cambios económicos del siglo XII. Venecia prácticamente controlaba el comercio occidental de Constantinopla desde 1080. En la costa oeste, Pisa dominó la Toscana en la banca, las finanzas y el comercio de ultramar hasta que su puerto quedó obstruido a finales del siglo XIII y Florencia la superó. Los principales intereses de Pisa se encontraban en el Mediterráneo central y en el sur de Italia y Sicilia, en colisión con los intereses de los genoveses en el mar Tirreno (véase el mapa 2). Los merca-

deres genoveses, que al igual que los venecianos estaban siempre apoyados por el gobierno de su ciudad, se concentraban en la costa de Liguria y disputaron Cerdeña y Sicilia a los pisanos hasta 1284, cuando la marina genovesa aplastó a su rival. Habiéndose asegurado así la costa norte de Italia, Génova trató de evitar que los mercaderes de las ciudades francesas del sur, Narbona, Montpellier y Marsella comerciasen directamente con el reino de Sicilia, insistiendo en que sus barcos habían de atracar en Génova.

Las cruzadas tuvieron cierto impacto en el destino de la economía italiana. No hay duda de que los contactos comerciales se aceleraron en los siglos XII y XIII. Los genoveses y los pisanos, y después los venecianos y otras ciudades italianas, establecieron colonias comerciales (*fondachi*) en las ciudades cruzadas y a lo largo de la costa del norte de África, así como en Oriente. Estas dependencias se consideraban extensiones ultramarinas de la ciudad natal y eran gobernadas de acuerdo con su misma ley. Así pues, mientras que antes del año 1000 la mayoría de contactos de que se tiene constancia entre comerciantes occidentales y orientales eran a título individual, los contactos comerciales regulares que implicaban a grandes grupos de personas e importantes cargamentos de gran valor se desarrollaron durante la Edad Media Central. Las cruzadas posteriores fueron financiadas utilizando bancos para transferir fondos a Tierra Santa, acelerando de este modo el traspaso de lingotes de Occidente a Oriente agotando las reservas. Es harto improbable que el oro conseguido en la primera cruzada compensase estas pérdidas.

Antes incluso del declive de Pisa, Venecia y Génova rivalizaban por el control de Constantinopla, que suponía a la vez el control de los productos orientales que entraban a través de Constantinopla y el abastecimiento de cereales y artículos manufacturados procedentes de Occidente a la ciudad. La toma de la ciudad durante la cuarta cruzada (1202-1204) inspirada y financiada por Venecia, forzó a Génova a concentrarse en el comercio con Egipto. Aunque el restablecimiento en 1261 de la dinastía Paleólogo, de origen griego, en Constantinopla fue una reacción antiveneciana, y Génova, con el apoyo de Paleólogo pudo fundar colonias en Pera, atravesando el Cuerno de Oro desde Constantinopla, y después en Caffa en el mar Negro. Sin embargo, desde finales del siglo XIII Génova se orientó cada vez más hacia las islas del Atlántico y del Mediterráneo. El capital genovés financió gran parte de la expansión económica de Castilla, especialmente de Sevilla, su puerto principal.

El comercio de Aragón-Cataluña es otro aspecto de la expansión económica del Mediterráneo cristiano en el siglo XIII. Su expansión en el Me-

diterráneo occidental se produjo a expensas de los musulmanes del norte de África y creó la base para el crecimiento de Barcelona. Los catalanes establecieron importantes avanzadillas en Grecia y se apoderaron de Malta en 1284. Su comercio consistía en alumbre, frutos secos del Mediterráneo, aceite y cuero; los barceloneses exportaban sus propios tejidos y los flamencos lo hacían al Mediterráneo oriental y al norte de África. Tras la caída de Sicilia a manos de Aragón en 1282, la isla se convirtió en el granero de Barcelona. Más tarde Aragón arrebató Cerdeña a los genoveses en el segundo cuarto del siglo XIV.

La mayor parte del comercio mediterráneo la constituían las «especias». Este término no sólo incluye las especias comestibles para condimentar alimentos, que en su mayoría provenían del Lejano Oriente (la pimienta, la más apreciada, también se cultivaba en África, aunque era de calidad inferior a la asiática), sino también frutos secos, fármacos, algodón, seda y otros artículos de lujo, alumbre y tintes. La Europa occidental producía únicamente rubia y hierba pastel. La red de colonias italianas es decisiva. Cada especia era transportada por tierra a un depósito especial en la costa o en una isla, donde las potencias marítimas occidentales se disputaban la influencia, pero de este modo el comercio quedaba muy difuso. La familia Zaccaria de Génova consiguió de los bizantinos en 1275 el monopolio de una mina de alumbre en Focea en Asia Menor. Esto proporcionó a Génova un nuevo producto y ayuda a explicar el inicio de los viajes a Flandes y el aumento de tonelaje de los buques genoveses, pues el alumbre, un mordiente para fijar tintes, era fundamental para los paños de lujo del norte. El algodón era mucho más importante para los tejidos occidentales de lo que se creía, pero el de calidad superior se cultivaba en Oriente Medio: Venecia envió una «flota de algodón» al norte de Siria, a la llanura de Antíoco y Asia Menor,²⁰ y los europeos del norte tuvieron que suministrarse a través de los italianos.

Mientras que los puertos costeros italianos llevaban a cabo un próspero comercio con Oriente, incluso en la Alta Edad Media, las ciudades del interior de Italia continuaron siendo mercados agrícolas con un considerable volumen de comercio en el abastecimiento de los hogares de los nobles y de los obispos y distribución de las mercancías importadas desde los emporios costeros hacia el interior. Su crecimiento económico en el siglo XIII está asociado a la banca y el fuerte incremento de población que

²⁰ R. H. Bautier, *The Economic Development of Medieval Europe*, trad. H. Karolyi (Nueva York, 1971), pp. 135-136; Hunt y Murray, *History of Business*, p. 100.

acompañó a la expansión de la industria urbana, como ocurrió en Florencia, por ejemplo, desarrolló una próspera industria textil en el seno de la ciudad y por consiguiente trató de obstaculizar las tejerías en su *contado*.

Crédito y banca

La mayor complejidad de los productos y servicios que se intercambiaban en Europa durante el siglo XIII provocó lógicamente importantes cambios en las técnicas comerciales y mecanismos de crédito. Hasta el siglo XI la mayor parte de los préstamos eran de la nobleza rural y los reyes. «Prácticamente no había mecanismos financieros que facilitasen la transformación del ahorro en inversión.»²¹ Pero la necesidad de crédito era mucho más amplia en la economía urbana, dado que era preciso hacer los pedidos de las mercancías por adelantado y proveer los costos de los barcos para su transporte. Así pues, el crédito diferido se convirtió en algo normal, fomentando a la vez la expansión del consumo y aunando los recursos a través de la inversión.

La doctrina de la Iglesia impedía la inversión. El término *usura* se aplicaba en el sentido deuteronomico de cualquier interés garantizado en un préstamo, fueran cuales fueran las circunstancias, pero se aplicaba antes de finales del siglo XII sólo a los préstamos entre cristianos. Los judíos seguían siendo una importante fuente de crédito comercial en el siglo XII, pero la persecución a la que fueron sometidos durante las primeras cruzadas se aceleró por las políticas reales de Francia e Inglaterra, y gradualmente fueron perdiendo su importancia.

Los judíos fueron sustituidos por el incremento de préstamos de dinero entre los cristianos. Varios europeos del sur extendían créditos ocasionales, especialmente los «cahorsinos» (llamados así por la ciudad sureña francesa de Cahors) y los «lombardos», que estaban implicados principalmente en operaciones a pequeña escala, a menudo a través de empeños. Cuando los nativos de las ciudades en donde operaban entraron en el negocio de los préstamos, los términos «lombardo» y «cahorsino» pasaron a designar a todo aquel que abiertamente cargaba intereses sobre los préstamos. Algunos príncipes empezaron a establecer tipos legales del interés que podía aplicarse: dos peniques por libra a la semana no com-

²¹ Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, p. 194.

puestos, o 34,5 por 100 anual, era corriente en el norte. A principios del siglo XIII, los banqueros italianos del norte cargaban el veinte por ciento anual y más, tanto en los préstamos comerciales como en los personales. En aquella época había quizá de ciento cincuenta a doscientos lombardos en las ferias de Champaña y un número comparable en París, probablemente las mismas personas. En 1294, Felipe IV confinó a los cahorsinos y lombardos a cuatro ciudades y a las ferias de Champaña, luego recaudó impuestos, les forzó a conceder préstamos y confiscó sus propiedades utilizando la usura como pretexto. A consecuencia de ello, muchos emigraron a Brujas y Aviñón, que eran más receptivas con ellos y estaban fuera del control del rey de Francia.²²

El contrato *commenda* apareció en el siglo X, y poco después la *colleganza*, la versión de aquél utilizada en Venecia. En su forma pura implicaba a dos socios que invertían cantidades desiguales de dinero en una empresa, pero compartían por igual los beneficios y las pérdidas, puesto que el inversor menor era el «socio que trabajaba», acompañaba a las mercancías y realizaba todo el trabajo. Estos acuerdos no se consideraban una usura, pues aunque el interés garantizado estaba prohibido, la Iglesia se sentía satisfecha cuando había una posibilidad de pérdida, por ejemplo, por pérdida de un cargamento, así como de ganancia.

Había cientos de sociedades de este tipo. En un principio se hacían a corto plazo, normalmente por un solo viaje, e implicaban a pocas personas. Cuantos más socios inversores pudieran encontrarse, mayores eran los potenciales beneficios y más difusos los riesgos. Así pues, en el siglo XIII algunos hombres de negocios que tenían contactos internacionales desarrollaron sociedades que equivalían a compañías de fondo social. Se realizaban para largos períodos, habitualmente para varios años, y transcurrido el plazo el acuerdo podía liquidarse o renovarse. Estas «super-compañías»²³ están asociadas a las ciudades italianas del interior, cuyo negocio vinculaba las ciudades mediterráneas con la Europa del noroeste a través de la participación en las ferias de Champaña; después, tras el inicio de los viajes directos desde el Mediterráneo hasta los puertos del mar del Norte a finales del siglo XIII, mantuvieron colonias permanentes en las principales ciudades. Dado que los grandes bancos se basaban en compañías mercantiles, una base sólida de intercambio de mercancías se convir-

²² A. Derville, *L'Économie française au Moyen âge* (Paris, 1995), p. 201.

²³ E. S. Hunt, *The Medieval Super-Companies: A Study of the Peruzzi Company of Florence* (Cambridge, 1994).

tió en el prólogo de la banca. Gran parte del impulso de la banca procedía de asuntos papales, especialmente en Siena y Florencia.

La mayoría de las compañías tenían inversiones procedentes principalmente de familias poderosas y sus clientes (el *corpo* o «cuerpo») durante el siglo XII, pero en el XIII se transformaron al aceptar depósitos (el *sopra-corpo*) de extranjeros. Cuando la Compañía Peruzzi se reorganizó en 1300, el sesenta por 100 de su capital estaba en manos de siete miembros de la familia Peruzzi, el resto era de otros acaudalados florentinos. Las «super-compañías» compraban lana, cereales, aceite, vino y otros productos necesarios, y al pagar a veces a los agricultores con años de antelación, sacaban ventaja a la competencia. Las compañías florentinas controlaban un voluminoso comercio de cereales del sur de Italia, mucho mayor de lo que se precisaba para alimentar a Florencia, y lo exportaban nuevamente a otras regiones mediterráneas donde escaseaba el grano. El sur de Italia se convirtió en un importante mercado de los tejidos manufacturados de Florencia. Las tres grandes compañías florentinas, los Bardi, Peruzzi y Acciaiuoli, invertían en el comercio ultramarino y vendían en las ferias, pero todas excepto Acciaiuoli concedían también préstamos a príncipes del norte de Europa. La garantía de los préstamos consistía en concesiones comerciales como el derecho a recaudar impuestos y peajes y a operar con moneda, licencias de exportación y monopolios. Antes del siglo XIV la mayoría de comerciantes acompañaban a sus mercancías en tránsito o enviaban agentes de confianza, pero los cambios en las técnicas comerciales favorecieron el sedentarismo de los empresarios.

El intercambio de mercancías acentuó también la importancia de los movimientos entre sistemas monetarios. Antes del siglo XIV el cambio de dinero se llevaba a cabo a menudo como actividad complementaria por parte de las grandes compañías más que por operadores independientes, pero en el siglo XII, en Génova y en otras ciudades italianas, los que se dedicaban a cambiar dinero aceptaban depósitos reembolsables a petición. Las obligaciones a menudo se manejaban simplemente haciendo un traspaso de libros entre las cuentas que el deudor y el acreedor tenían en la misma empresa de cambio sin transferir moneda. Los bancos de cambio solían conservar aproximadamente un tercio de sus depósitos a disposición para satisfacer la demanda, invirtiendo las otras dos terceras partes.

Piacenza, Génova, Siena y Florencia fueron las primeras ciudades que utilizaron el contrato de cambio, que fue el instrumento dominante de sus transacciones hasta aproximadamente 1300. Los contratos de cam-

bio eran necesarios para los nortños en las ferias para poder comprar especias a los italianos y para los italianos para comprar lana y paños del norte. Podían también disfrazar préstamos ocultando el interés en el tipo de cambio, que satisfacía el criterio de riesgo de la Iglesia, pues podía aumentar o disminuir. En ocasiones el interés se explicitaba abiertamente. Una letra de cambio genovesa de 1252 era pagadera en Troyes, en Champaña, y luego dos meses más tarde reembolsable en Génova, en ambos casos a un determinado tipo: el interés total en tres meses era del 47,06 por 100.²⁴

La sucesora del contrato de cambio fue la letra de cambio. El ejemplo más antiguo del que se tiene constancia es un contrato notarial genovés de finales del siglo XII. La mayoría de usuarios eran italianos, aunque los comerciantes de todas las regiones excepto Alemania y Escandinavia fueron atraídos hacia esta red a través de las ferias de Champaña. El prestatario podía comprar una letra reembolsable en otra moneda a un plazo establecido en el futuro, a menudo de seis meses, y en otro lugar, frecuentemente donde la moneda con la que se efectuaría el pago fuera de curso legal. La letra iba dirigida a un socio de la compañía o acreedor del comprador, y el pago se realizaba a través de un banco. El interés se ocultaba en el tipo de cambio, que podía variar impredeciblemente, y generar un riesgo. La letra era un instrumento muy flexible, pues podía ser usado para prestar dinero, para pagar mercancías y también simplemente para especular con el tipo de cambio.

A finales del siglo XIII las compañías en las ferias de Champaña permitían descubiertos en las cuentas, otra forma de extender el crédito y una de las bases importantes de la banca. En 1330 los comerciantes que hacían negocios en los principales centros de cambio internacional, como Florencia, Barcelona, Aviñón y Brujas, tenían lo que podríamos llamar cuentas bancarias en la moneda local. Estos instrumentos de crédito, como dinero fiduciario, ampliaban la cantidad de dinero disponible incluso cuando, como ocurrió en el siglo XIV, había escasez de moneda.

Los italianos fueron también pioneros en otras innovaciones en el siglo XIII y, cuyo uso se generalizó en 1330: los cheques y los contratos de seguros. La contabilidad por partida doble se originó en Italia a finales del siglo XIII: se utilizaban columnas paralelas, una para los haberes y otra para los débitos, en lugar de listas separadas o libros mayores para los dos.

²⁴ Caso citado por Derville, *L'Économie française*, p. 203.

Las ferias

Las grandes ferias internacionales comenzaron en la segunda mitad del siglo XII. En el siglo XIII había seis sistemas de ferias ya arraigados: en el norte de Italia, Inglaterra, Flandes, Champaña y en el curso medio y bajo del Rin. Más al este y al sur había varios sistemas de ferias en desarrollo que en el siglo XIV asumirían las mismas funciones de desarrollo económico de aquellas áreas que en el siglo XIII habían proporcionado a Occidente las viejas ferias. En general, las ferias gozaban de privilegios concedidos por los príncipes, que especificaban la época del año en que debían celebrarse y su duración, la «infraestructura» como las posadas, los dispositivos de seguridad para los comerciantes que se desplazaban, y una «clara jerarquía de oportunidades de mercado» en la región de la feria, donde los mercaderes visitantes podían también comerciar sin tener que pasar por los agentes intermediarios locales. La mayoría de las ferias estaban ubicadas en las mismas zonas donde se elaboraban los productos exportables de artesanía o donde se obtenían las materias primas, o en los alrededores. Eran pues una etapa intermedia entre las extendidas redes comerciales de la Alta Edad Media y la situación a partir de principios del siglo XIV, cuando la mayor parte de los intercambios se efectuaba en ciudades situadas en lugares céntricos que se erigieron en sucesoras de las ferias.²⁵

Las ferias flamencas se mencionan ya muy temprano. El 1200 se celebraba cada dos meses, entre finales de febrero y comienzos de noviembre, un ciclo de cinco ferias, cada una de treinta días de duración. La lana y el paño eran los principales productos puestos a la venta. Los intervalos de dos a cuatro semanas entre las ferias permitían a los mercaderes que las visitaban regresar a casa o visitar otras ferias. Las obligaciones contraídas en las ferias flamencas podían pagarse en ferias posteriores del ciclo o en una de las ferias de Champaña. Las ferias flamencas sólo decayeron cuando Brujas se convirtió en un mercado abierto todo el año a finales del siglo XIII. Las ferias inglesas fueron asimismo creaciones de los siglos XII y XIII. Las ferias regionales comercializaban básicamente productos agrícolas, pero seis de ellas (Winchester, Boston, Bury St Edmunds, St Ives, Northampton y Stamford) se celebraban durante varias semanas seguidas haciendo po-

²⁵ F. Irsigler, «Jahrmärkte und Messesysteme im westlichen Reichsgebiet bis ca. 1250», en P. Johanek y H. Stoob (eds.), *Europäische Messen und Märktsysteme in Mittelalter und Neuzeit* (Colonia, 1996), pp. 12-13, incluyendo la cita.

sible que los mercaderes extranjeros negociasen con los productores locales sin tener que visitar los incontables mercados de los pueblos. Las ferias inglesas también desarrollaron mecanismos de crédito que aplazaban los pagos en el ciclo, muy similares a los que las ferias de Champaña proporcionaban a nivel internacional. En general, los extranjeros compraban lana y vendían artículos de lujo.²⁶

Las famosas ferias de Champaña se originaron como mercados agrícolas locales, luego, en torno a 1175, se transformaron cuando el conde de Champaña otorgó privilegios a los extranjeros. Precisamente en aquella época, cuando las provisiones de dinero fueron aumentando rápidamente, los italianos empezaron a visitar las ferias y los tejidos flamencos y franceses del norte iniciaron su conquista del mercado de lujo. Se celebraron seis ferias, cada una de seis semanas de duración, en cuatro lugares (dos en Provins y en Troyes respectivamente, produciendo cada una de estas poblaciones paños para la exportación, otra en Lagny y otra en Bar-sur-Aube, que no fabricaban tejidos). Durante los intervalos entre las ferias los mercaderes podían volver a casa con sus adquisiciones o visitar una feria regional antes de regresar a una de las otras ferias que se celebraban en la temporada comercial.

Aunque muchos de los mercaderes que visitaban las ferias eran viajeros, las ciudades italianas establecieron consulados para sus colonias permanentes en las ciudades feriales que a partir de 1278 eligieron a un único capitán para que se ocupase de sus relaciones con los extranjeros; los comerciantes provenzales y del Languedoc no tardaron en seguir su ejemplo. Las bancas de los mercaderes italianos tenían oficinas en todas las ciudades feriales, y los contratos firmados en otras partes se pagaban a menudo en una de estas sucursales. Los mercaderes flamencos tenían una *Hansa* de Diecisiete Ciudades interurbana, pero carecían de la sólida organización de los italianos. Algunos italianos se quedaron permanentemente en Champaña y contrajeron matrimonio con las élites urbanas locales. Terricus Teutonicus, un oriundo de Colonia que se instaló en Stamford, se trasladó allí fundamentalmente por el comercio de tejidos, pero también estaba involucrado en el negocio de la elaboración de cerveza y en el comercio de la lana, especias y caballos, y poseía una bodega de vino en Londres y una importante propiedad en Stamford.²⁷

²⁶ Britnell, *Commercialisation of English Society*, pp. 89-90.

²⁷ N. Fryde, *Ein mittelalterlicher deutscher Grossunternehmer: Terricus Teutonicus de Colonia in England, 1217-1247* (Stuttgart, 1997).

Puesto que los italianos compraban en las ferias principalmente lana inglesa y paños flamencos, pero vendían especias, algodón y otros artículos de lujo orientales, la Europa del norte tenía en el siglo XIII una balanza de pagos adversa con Italia. Hasta el desarrollo de instrumentos negociables en el siglo XIII, los mercaderes del norte tenían que llevar plata a las ferias además de sus productos, ya que compraban por un valor superior a las mercancías que vendían. Esto era evidentemente peligroso y poco práctico. Así pues, las ferias desempeñaron un papel pionero en el desarrollo de nuevas técnicas comerciales. El cambio de dinero era una parte fundamental de su negocio. Los instrumentos notariales, los pagarés pagaderos en ferias posteriores y las transferencias facilitaban las transacciones de intercambio. La «letra de feria» equivalía a un pagaré que reconocía la deuda de un mercader con otro, pagadera en otra feria posterior del ciclo anual. La última feria del año, en Troyes, se convirtió en una cámara de compensación, pero las obligaciones podían aplazarse durante años. Un «tribunal de ferias» arbitraba los litigios por deudas y desarrolló una ley mercantil aplicable de forma general. Si un deudor se negaba a aceptar su jurisdicción o se negaba a pagar y su ciudad natal o el estado le protegían, los funcionarios del tribunal podían prohibir que no sólo el transgresor sino también sus conciudadanos vendiesen y comprasen en las ferias. Sus productos podían ser confiscados hasta alcanzar el valor de la deuda contraída.

¿La «revolución comercial» de finales del siglo XIII?

A finales del siglo XIII se aprecian de forma evidente cambios importantes que marcan la crisis económica medieval tardía. La población había crecido por encima de la capacidad de la tecnología agrícola existente para alimentarla. El clima empezó también a empeorar a finales del siglo XIV, afectando a la producción de alimentos. A finales del siglo XIII la población estaba disminuyendo en partes de Italia, en el norte poco después de 1300, especialmente después de la devastadora hambruna de 1315 y las consiguientes plagas. En 1330 toda la Europa occidental tenía una población sustancialmente inferior a la de 1270.²⁸

²⁸ W. C. Jordan, *The Great Famine: Northern Europe in the Early Fourteenth Century* (Princeton, 1996).

Se incrementaron las señales de una economía sobrecalentada. Los tipos de interés en las ferias de Champaña descendieron en picado después de 1245. Las grandes ciudades de Europa casi sin excepción experimentaron una escasez de alimentos, que en Italia condujo a una represión del *contado* mucho más estricta todavía para conseguir más cereales del campo. Después de 1280 se produjeron violentos conflictos que desembocaron en una ampliación de los miembros de los consejos municipales. En 1320 la mayoría de los ayuntamientos de las zonas más desarrolladas de Europa se elegían basándose en la afiliación a los gremios, pero dado que la mayoría de los gremios nominalmente artesanos estaban dominados por comerciantes que suministraban las materias primas del oficio a quienes verdaderamente lo ejercían, el resultado era algo menor que el control artesano.

No obstante, hay quien ha visto otra «revolución comercial» a finales del siglo XIII tomando el relevo de la de finales del XII. Hay dos señales claras. En primer lugar, las minas cuya apertura proporcionó la liquidez para los grandes cambios del siglo XIII se estaban agotando y antes de 1320 se empezó a notar una grave escasez de lingotes de oro y plata en una economía que se había acostumbrado a una provisión ilimitada de moneda. No obstante, la estructura comercial que se había desarrollado en el siglo XIII era tan sólida en el uso de dinero fiduciario e instrumentos negociables, que las pautas del comercio interregionales se modificaron, pero no quedaron fundamentalmente alteradas. El comercio se hizo más recíproco, especialmente en el caso de los italianos en Inglaterra: antes de 1300 los mercaderes ingleses hacían las veces de intermediarios para los italianos, trasladando sus productos de los puertos a las ferias en el interior y viceversa, pero a mediados del siglo XIV gran parte de la importante exportación de lana estaba en manos de los ingleses.

En segundo lugar, los viajes regulares entre el Mediterráneo y el norte dieron comienzo cuando las galeras de alumbre genovesas empezaron a visitar los puertos del norte en 1277, regresando cargadas de lana inglesa. Los barcos utilizados para los viajes atlánticos podían transportar mayores cargamentos y trasladar las mercancías a precios más baratos que mediante el transporte terrestre que se dirigía a Champaña. Las ferias decayeron al mismo ritmo, aunque no de forma muy acusada, y mantuvieron su importancia como centros bancarios hasta la década de 1320. Dado que habían de transcurrir algunos años antes de que esto significase un movimiento de mercancías a gran escala, ya que sólo llegaban unos pocos barcos al año, en 1300 los genoveses iban a Brujas y a Londres casi anualmen-

te. A largo plazo, mercancías que anteriormente habían constituido un comercio intermediterráneo iban ahora en grandes cantidades al norte, conduciendo a un aumento del nivel de vida para aquellos que habían sobrevivido a la disminución de la población, especialmente después de la aparición de las grandes plagas.

Los italianos eran más numerosos en Southampton, pero atracaban preferentemente en Sluis, el puerto exterior de Brujas. La producción textil disminuyó considerablemente en Gante e Ypres en torno a 1320: evidentemente el principal problema fue la pérdida del mercado de inferior calidad frente a los italianos, que tenían más fácil acceso a la lana inglesa. Esto llevó a los flamencos a concentrarse a partir de entonces en los artículos de lujo. Por otro lado, justo cuando los italianos empezaron a visitar el norte directamente, en vez de tratar con los comerciantes flamencos en las ferias, los mercaderes de la Hansa alemana instalaron oficinas permanentes en Brujas, que de este modo se convirtió en el proverbial «mercado del mundo medieval».²⁹ Con el casi simultáneo establecimiento de colonias italianas, alemanas y castellanas en Brujas, las economías del norte y del sur quedaban unidas de forma más conveniente que en las ferias.

En resumen, durante la Edad Media Central la producción de excedentes agrícolas, la expansión y la intensificación de los asentamientos, el movimiento de los europeos fuera del centro romanogermánico y una creciente demanda de artículos de lujo por parte de las élites en el poder condujeron a una economía de mercado ordenada jerárquicamente y a la integración de Europa como una región económica. La Europa occidental producía mucha más comida en 1330 que en 980, y el relativo aumento de la actividad comercial y la producción industrial fue incluso mayor. Impulsada por un incremento cuantitativo del volumen de moneda en circulación, por el desarrollo de nuevos mecanismos de crédito y por una creciente sofisticación de la tecnología del transporte, surgió una «infraestructura» que dio origen al capitalismo comercial, fijó los contornos esenciales del mapa urbano de Europa y estableció el servicio o sector terciario como componente fundamental de la producción e intercambio de mercancías.

²⁹ R. Hâpke, *Brügges Entwicklung zum mittelalterlichen Weltmarkt* (Berlín, 1908).